
Dalla democrazia all'autoritarismo

LEONARDO MORLINO

(Società Editrice Il Mulino, Bologna, 1981)

Desde hace algunos años, la ciencia política y la sociología política han comenzado a prestar mayor interés al tema del cambio de los regímenes políticos. Superados ya los prejuicios y las simplificaciones de los teóricos de la modernización, que vieron una democratización inevitable en el mundo occidental, tanto del centro como la periferia, diversos autores han hecho contribuciones importantes al estudio del surgimiento, consolidación y cambio de regímenes políticos. Este tema puede ser ubicado en diversos ramos de la ciencia política y, dependiendo de la decisión que al respecto se haga, las estrategias de investigación y los esquemas teóricos utilizados serán diferentes. Almond, por ejemplo, está preocupado del problema de la crisis política y, en función de ella, ha dirigido una reflexión conjunta sobre estudios de desarrollo político¹. Juan Linz está interesado en estudiar el tema de la democracia en una perspectiva dinámica y no estática, en directa relación con otros tipos de regímenes políticos, que unas veces anteceden o

siguen a las experiencias democráticas². De allí que el problema del cambio de régimen político está orientado a entender de una manera más fundamentada el surgimiento y caída de la democracia. El sociólogo alemán Lepsius está preocupado del tema de cambio de régimen político como parte de su interés mayor por entender la tragedia alemana que condujo al nazismo y, asimismo, de formular un modelo de análisis que destaca el papel de los grupos de intermediación en un régimen político³. Dieter Nohlen, por fin, está preocupado de formular un esquema interpretativo de los procesos de democratización (o re-democratización) en América Latina, contrastándolo implícitamente con las experiencias del sur de Europa⁴. Se trata

² J. LINZ, "Crisis, Breakdown, and Re-equilibration", que forma parte del libro compilado por él y A. STEPAN, *The Breakdown of Democratic Regimes*, Baltimore: The John Hopkins University Press, 1978.

³ Nos referimos al importante trabajo de M. R. LEPSIUS "Machtübernahme und Machtübergabe zur Strategie des Regimewechsels", contenido en el libro de H. ALBERT (comp.), *Sozialtheorie und soziale Praxis*, Meisenheim, Anton Hain Verlag, 1971.

⁴ DIETER NOHLEN, "Regimewechsel in Lateinamerika. Überlegungen zur Demokratisierung autoritärer Regime", en K. LINDENBERG (comp.), *Lateinamerika. Herrschaft, Gewalt und internationale Abhängigkeit*, Hannover, 1981.

¹ Nos referimos a su estudio "Approaches to Developmental Causation", que forma parte del libro compilado por él y otros colaboradores, *Crisis, Choice, and Change. Historical Studies of Political Development*, Boston: Little, Brown and Company, 1973.

de una literatura de los años setenta y, por tanto, que se encuentra en pleno desarrollo.

Es dentro de este contexto científico que se ubica la obra que comentamos, escrita por el profesor de ciencia política de la Universidad de Florencia, Leonardo Morlino. Morlino, buen conocedor de las distintas corrientes interpretativas del tema de los cambios de regímenes y de la política española, acomete el análisis de las causas de la tragedia española del siglo xx: el fracaso de la II República, con la consiguiente guerra civil y la instauración del franquismo y su consolidación. Morlino analiza los problemas inherentes al cambio político de la democracia al autoritarismo, y el método aplicado es el análisis del caso español en perspectiva comparada. Con ello intenta compatibilizar las ventajas del estudio de caso —su profundidad— con las ventajas del método comparativo, y que no proporciona el otro —extraer generalizaciones a partir de la observación de varios casos—. El libro consta de seis capítulos. En el primero se formula el esquema teórico que sirve de instrumento para el análisis, que Morlino formula a través de hacer una buena síntesis de las posiciones de Linz, Almond y Stein Rokkan, aunque privilegia la postura de Almond, en cuanto centra el eje de la reflexión en el problema de las coaliciones. En el segundo capítulo se estudian las bases sociales y políticas del cambio de régimen en 1930-31, para lo cual recurre, acertadamente, al empleo del modelo de Rokkan sobre las líneas de conflicto (*cleavages*). En el tercero estudia en profundidad las características en que se produce la instauración democrática y cómo estas condicionan, sin ser deterministas, el acontecer futuro de la República. En el cuarto se analiza la crisis y caída de la democracia. En el quinto se estudia la transición y la instauración franquista. Y en el sexto, la consolidación del autoritarismo.

El libro no es, por tanto, un estudio sobre la caída de la democracia en España, sino pretende un análisis más amplio: fracaso de la democracia y su sustitución por un régimen autoritario que consigue consolidarse. En esto, el libro de Morlino es el primero que se escribe para el caso español⁵. El estudio de este proceso se hace compatibilizando, con éxito, el esquema teórico con el análisis empírico, aunque la opción de colocar a las coaliciones como variable dependiente hace que el análisis gire demasiado en torno a las vicisitudes gubernamentales, la fragmentación del sistema de partidos y los juegos de élites. Particularmente interesante es el análisis de la instauración de la República a través de analizar cómo se diseña una amplia agenda y cómo se resuelven tales tareas. El análisis se efectúa con un acertado, aunque escueto, análisis comparativo con los otros casos europeos (pág. 130). El autor en seguida analiza directamente la dinámica que conduce a la guerra civil, a través del estudio de la polarización y confrontación. Es discutible algunas de las aseveraciones del autor, como que la CEDA era «anti-régimen y antidemocrático» (pág. 159), pues las alusiones al «Jefe» correspondieron más bien a la demagogia de las Juventudes de Acción Popular que al sector adulto, lo que no es suficiente para ubicarlo en ese tipo. El análisis de los últimos meses de la República es la parte tal vez mejor lograda, pues en un análisis sistemático va estudiando minuciosamente el comportamiento de los actores e instituciones y de sus interacciones. Hace un análisis en esto multidimensional y multicausal, sin dar demasiada importancia, lo que es correcto, a

⁵ Para el caso de la República de Weimar y el establecimiento y consolidación del régimen nazi, véase el notable estudio de K. D. BRACHER, W. SAUER y G. SCHULZ, *Die nationalsozialistische Machtergreifung*, Colonia: Westdeutscher Verlag, 1960, que, pese al paso de los años, sigue siendo insuperado en su materia.

la dinámica centrífuga del sistema de partidos, pues las causas de la incapacidad de formar nuevas coaliciones para estabilizar la democracia se encuentran en las condiciones generales en que se ha dado el proceso de democratización (pág. 229). Demuestra cómo no hubo en esos momentos una politización total del Estado (a diferencia de Chile en 1973, que sí lo tuvo), y que se demuestra, por ejemplo, en que el Poder Judicial «mostró un notable grado de neutralidad» (pág. 242). Eso contrasta con la politización de otros poderes neutrales (el presidente y los militares), que fueron los que más incidieron en la dinámica final.

El estudio de Morlino tiene la especificidad que integra el análisis de la caída de la democracia con la consolidación del régimen franquista. El análisis integra el impacto de las variables internas e internacionales, y caracteriza la fase inicial del régimen franquista posterior a la guerra civil no como fascista, como lo hacen muchos (Von Beyme y Germani, entre otros), sino como «mobilizacional postdemocrático» (pág. 318). Esta caracterización está efectuada en comparación con los otros regímenes fas-

cistas. No nos parece acertado su denominación de «transición» a la etapa de la guerra civil, pues ello oscurece la dimensión netamente militar del surgimiento del régimen y las múltiples consecuencias que ello provoca.

Para el cientista político, los fenómenos del pasado sirven para encontrar estructuras o tendencias de desarrollo y cambio para analizar otras sociedades o la suya propia, en un análisis diacrónico. Sin dejarse perturbar por la proliferación de hechos, personajes y anécdotas, el politólogo trata de mostrar la línea central de desarrollo de los procesos políticos y las distintas alternativas que tuvieron en su tiempo los actores. El estudio de la caída de la República en España y la consolidación del régimen franquista mantiene permanente actualidad como fuente de reflexión sobre los complejos problemas y riesgos que encierra un proceso de democratización. En esto, el libro de Morlino aparece en un momento oportuno, cuando procesos de democratización en Europa del Sur y América Latina parecen indicar una tendencia de desarrollo que, ojalá, no sea reversible.

CARLOS HUNEUS

The New Authoritarianism in Latin America

DAVID COLLIER (comp.)

(Princeton University Press, Princeton, N. J., 1979)

El estudio de la política latinoamericana hasta los años sesenta estuvo dominado por el análisis de los militares y, principalmente, de las causas de los golpes militares. Una prolifera literatura, impulsada por historiadores y sociólogos norteamericanos y proseguida por sus colegas latinoamericanos, trató de explicarse el fenómeno del militarismo domi-

nante en la región¹. Buena parte de esos estudios (iniciados e influidos por el enfoque de Johnson, Lieuwen, entre otros) se inspiró en las premisas optimistas de

¹ Una buena síntesis de esta literatura y de las distintas posiciones se encuentra en A. LOWENTHAL "Armies and Politics in Latin America", en *World Politics*, 27/1974, págs. 107-130.

los teóricos de la modernización, para quienes esta fase era un estadio transitorio, pues el desarrollo económico conduciría inevitablemente a la democracia. Desde esa perspectiva, los militares fueron vistos como «agentes modernizadores» y no como simples actores administradores del poder. Para los seguidores de esta línea de argumentación, la economía generaría las condiciones necesarias y suficientes para el establecimiento y consolidación de una democracia que ellos veían como un sistema institucional similar al de las democracias pluralistas de los países industrializados.

Tales concepciones optimistas del papel de los militares y del desarrollo económico pronto chocaron con una realidad clara y dramática. En efecto, los militares no sólo se mantenían en el poder, sino que llevaban a cabo procesos de cambio para quedarse indefinidamente en el poder (Brasil y Perú); democracias más que centenarias, como Uruguay y Chile, cayeron dramáticamente en 1973 y 1974, mientras que una de las experiencias democratizadoras en Argentina, iniciada por el general Lanusse y que llevaron nuevamente al poder a Perón a comienzos de los años setenta, fracasó también. Los esquemas interpretativos de los militares se mostraron insuficientes no sólo para explicar las causas de los golpes militares, sino también para explicar los estilos represivos usados por éstos para consolidarse en el poder y los modelos económico-políticos puestos en práctica por ellos.

Las experiencias democráticas fallidas demostraron, contrariamente a lo enfatizado en forma casi monocausal por algunos teóricos de la dependencia, que habían importantes causas internas que explicaban la intervención militar y no sólo la influencia de variables externas, especialmente económicas. Asimismo, fue evidente que no se trataba de golpes militares impulsados por generales personalistas, sino por intervención unitaria de las Fuerzas Armadas, que asumían como

institución el control del Estado y del gobierno, poniendo en marcha modelos sociopolíticos diseñados en sus mismas escuelas de oficiales (Brasil y Perú). La estabilidad de ciertos regímenes militares y la consiguiente diferenciación de roles y estructuras hizo necesario estudiar la naturaleza de su régimen político, y fue así como se recurrió al empleo del modelo autoritario formulado por Juan Linz. A diferencia de éste, se fue a un análisis detallado de la dimensión económica de estos regímenes y al análisis de las interacciones entre ésta y las variables políticas. Los trabajos de O'Donnell y Cardozo fueron, en esta perspectiva, fundamentales. Sin embargo, ninguno de los dos fue capaz de liberarse del condicionamiento de sus propios países —Argentina y Brasil, respectivamente—, pues formularon análisis del «nuevo autoritarismo» a partir de los casos nacionales, que fueron vistos, en forma insuficiente, en forma comparativa. El ya clásico estudio de O'Donnell fue más bien un análisis del caso argentino de Onganía, en 1966², contrastado con el de Brasil, unidos en el análisis por tratarse de dos casos postpopulistas.

La amplia discusión generada sobre el tema del «nuevo autoritarismo» se recoge en este libro que comentamos, especialmente su impacto en los científicos políticos norteamericanos. Este libro tiene algunas características que le dan una singular importancia y que recomiendan su lectura. Se trata, en primer lugar, de trabajos discutidos en reuniones conjuntas patrocinadas por el Social Science Research Council, y por ello se han beneficiado las distintas ponencias por las críticas de los demás participantes, no todos los cuales han escrito trabajos para el libro editado por Collier. En seguida, se trata de un libro interdisciplinario, pues participan científicos políticos y economistas, método poco corrien-

² Nos referimos a su libro *Modernization and Bureaucratic-Authoritarianism*, Berkeley, 1973 (versión en castellano en Paidós, Buenos Aires, 1972).

te en los estudios latinoamericanos y que debe ser celebrado. Los trabajos de los economistas Albert Hirschman y José Serra son, en esa perspectiva, muy importantes, por hacer un análisis económico bien fundamentado de un problema político que fue fundado, en términos económicos, de manera insuficiente por O'Donnell. Finalmente, se trata de un libro con contribuciones de latinoamericanos de diversas nacionalidades (Cardozo, de Brasil; O'Donnell, de Argentina, y Julio Cotler, de Perú) y de norteamericanos dedicados a los estudios latinoamericanos (David Collier, Robert Kaufman y Kurth), lo que da una perspectiva diferenciada, aunque sea dominante el énfasis dado a los países del Cono Sur.

El libro consta de tres partes. En la primera, Collier hace un resumen del modelo burocrático-autoritario formulado por O'Donnell para explicar el surgimiento del «nuevo autoritarismo», y Fernando H. Cardozo entra en una caracterización de los regímenes autoritarios en América Latina, introduciendo una diferencia entre Estado (capitalista) y régimen (democrático o autoritario), no debidamente aclarado por O'Donnell. Cardozo, con todo, no aporta nuevos elementos al tipo autoritario que formulara, hace casi quince años, Juan Linz. En la segunda parte, la más importante, se analiza específicamente el surgimiento de estos regímenes. Hirschman y Serra analizan las condiciones económicas, criticando a fondo la tesis de O'Donnell de que la «profundización de la industrialización» sería la causa que lo explica. En Seguida, Kaufman analiza los procesos de industrialización y cambio político en Brasil, Chile, Argentina y Uruguay. Luego, Cotler analiza el caso de Perú, contrastándolo con el de los países del Cono Sur. En la tercera parte se analizan la evolución futura y las posibles líneas de investigación. En esta parte, O'Donnell contribuye con un artículo levemente retocado y que fuera publica-

do originalmente en español, en 1975, y en inglés, en 1978 (*Latin American Research Review*, 13, 1, invierno 1978). Collier sintetiza las críticas al modelo burocrático-autoritario y plantea posibles líneas de investigación; el politólogo James Kurth estudia el desarrollo industrial y el cambio político en Europa a partir del esquema aplicado a América Latina, planteando un análisis comparado.

Siendo un libro utilísimo para los estudios de la política latinoamericana, hay insuficiencias que se hacen notar. En primer lugar, hay problemas con el nivel de análisis, pues si Collier quiere hacer un análisis sobre el régimen político, Cotler (pág. 282) está analizando los «sistemas de dominación». En seguida, O'Donnell insiste en un análisis económico-politológico, que después de leer los trabajos de Hirschman y Serra queda muy debilitado, pese a los elogios del primero («rich, timely and persuasive», pág. 69). Luego, Kaufman hace un análisis demasiado *country-by-country*, con un intento sistemático insuficiente, cuando en la página 247 admite que «like virtually any analysis of a complex phenomenon, the "findings" presented here are subject to different interpretations», para reconocer luego la imposibilidad de hallar una explicación sistemática a los casos que estudia, al señalar que «the stubborn idiosyncracies of the individual countries seem to strain against the boundaries of the general argument» (página 247, subrayado nuestro). No sabemos si esa especificidad nacional es cultural o socioeconómica. Luego el material empírico entregado no es enteramente satisfactorio, que bien pudo haberse completado con la inclusión de ponentes que están haciendo (o han hecho) investigaciones a fondo de algún país del Cono Sur en la fase que acá se analiza (Brasil o Chile)³. Las conclusiones de Collier

³ Por ejemplo, el importante libro de A. STEPAN, *State and Society. Peru in Comparative Perspective*, New Haven, 1978.

son plausibles, aunque confunde la especificidad del tema, al plantear que «the rise and collapse of authoritarian (and democratic) regimes have, in part, the same explanation» (pág. 395). Finalmente, queda la impresión de que el modelo del autoritarismo burocrático está demasiado inferido de los casos de Brasil y Argentina, conclusión visible por la escasa atención prestada al caso de Chile, y que en forma tan dramática se incorporó a este tipo en 1973 y que tanto impacto tuvo y tiene en la opinión pública internacional y en los estudiosos⁴.

Es un libro, en síntesis, que enriquece el análisis de América Latina. La experiencia de colaboración entre académicos de diversos países, con el patrocinio

de universidades y entidades académicas de los Estados Unidos, debería ser imitado por otros países del «centro», especialmente europeos, ya que las ciencias sociales en América Latina, y muy especialmente la ciencia política, son disciplinas excluidas por las dictaduras.

CARLOS HUNEUS

⁴ En otro trabajo hemos argumentado contra las sobrevaloraciones de rechazo a las políticas desmovilizadoras en los regímenes autoritarios en América Latina, como es el caso del Chile de Pinochet. Véase C. HUNEUS, "Elecciones no competitivas en las dictaduras burocrático-autoritarias en América Latina", en esta misma revista, núm. 13/1981, págs. 101-138.

Epistemología de la comunicación y análisis de la referencia

MANUEL MARTÍN SERRANO, J. L. PIÑUEL RAIGADA, J. GRACIA SANZ
y M. ANTONIA ARIAS

(*Cuadernos de la Comunicación*, núm. 6, A. C. Editor, Madrid, 1981)

Dentro de los esfuerzos que se vienen realizando en España para poder crear un marco teórico y epistemológico adecuado para el desarrollo de las diferentes ciencias sociales, y para el de la «Comunicación» en concreto, destacamos este estudio de M. Martín Serrano y sus colaboradores en la cátedra de «Teoría de la Comunicación» de la Facultad de Ciencias de la Información de Madrid, y que enlaza con otros trabajos colectivos publicados anteriormente¹.

Las bases genéticas de la comunicación forman el marco especial de las

consideraciones sobre los distintos niveles de acción-reacción en los animales superiores y el importantísimo papel que tienen en la satisfacción de determinadas necesidades básicas, de carácter primario: defensa-ofensa, apareamiento y satisfacción sexual, consecución de alimento, etc. Son así las aptitudes primarias para la comunicación, de carácter no verbal (por medio del cuerpo, gestos, movimientos determinados, distancia), las que forman un conjunto de señales y expresiones lo suficientemente coherentes y sistemáticas para poder considerarlas aptas para el «intercambio comunicativo» en su sentido estricto (C. Levi-Strauss).

Al diferenciar los autores dentro de la acción humana entre acciones ejecutivas y acciones expresivas, se crea un marco epistemológico de interesantes

¹ En especial, debido a su tono teórico, con el número 3 de la *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, "Trabajos a propósito de otros métodos de investigación en Ciencias Sociales". Asimismo, los números 1 a 7 de "Cuadernos de la Comunicación", editados por Pablo del Río, Madrid.

efectos, tanto en la teoría como en la metodología. Dentro del mismo se profundiza y se aísla la interacción expresiva, en la que se intercambian señales, signos y referentes. Dentro de una concepción evolutiva de la comunicación, estas prácticas expresivas prehumanas han permitido llegar al actual nivel de desarrollo tanto de las expresiones como de los instrumentos y las representaciones comunicativas.

El «objeto de la comunicación», en su sentido general, se considera así como el estudio estricto de «los actos expresivos del comportamiento o comportamientos comunicativos» (pág. 49), y desde el que se plantea la limitación que tienen las ciencias de comportamiento en la actual situación académica y científico-social. La comunicación comparte, en cierto sentido, los mismos intereses, sobre todo cuanto al objeto (el hombre en sociedad y en la cultura, la interacción simbólica, etc.), con otras ciencias sociales afines (sociología, antropología cultural, psicología social), e incluso con determinadas ciencias de la naturaleza, en especial con la biología y la etiología.

La Comunicación, que ha tomado prestadas de estas ciencias tanto conceptos como hipótesis, actualmente viene realizando una serie de esfuerzos para la elaboración de «modelos», «explicaciones» e «interpretaciones» en determinados aspectos básicos de la conducta humana: códigos genéticos ADN como un modelo de transmisión de datos; la neurosis como metacomunicación; la ciudad como sistema de comunicaciones, y las organizaciones burocráticas como instituciones mediadoras, por ejemplo...

Uno de los problemas más importantes con los que se enfrenta el progreso de las «ciencias de la comunicación» es de carácter ético. Es bien cierto que, en el actual nivel de desarrollo tecnológico, el conocimiento de los mecanismos comunicativos facilita el control social, político e ideológico. De aquí que haya que diferenciar entre «ciencia» e «instrumen-

to». Frente al manipulador personal e institucional, que instrumentaliza este conocimiento, el «científico de la comunicación» tiene, además del poder de analizar e interpretar, el «deber» de ayudar a la toma de conciencia de los receptores, a apoyarles en su situación de actores, lo que tiene evidentes relaciones con una defensa de la libertad y dignidad humana, especialmente referida a los grupos y clases más manipulados por la tecnología y por la burocracia.

Así, el método básico para poder fundamentar una Teoría de la Comunicación debe partir del conocimiento y comprensión de las situaciones sociales y culturales en las que puede surgir tanto la comunicación como la incomunicación, como forma de poder captar tanto los aspectos positivos como negativos de los procesos de comunicación reales, de sus componentes y, especialmente, de los modelos de interpretación.

El ámbito científico de la Teoría de la Comunicación es múltiple, ofreciendo diversas perspectivas al estudioso, entre las que destaca: como «saber», «teoría», «proceso», «sistema», «práctica», «mecanismo de dominio a la vez que como adaptación», como «procedimiento de enculturización», «tarea comunicativa» y «repertorio de profesiones»...

Analizando posteriormente los conceptos de sistema y modelo aplicados a la comunicación, se han diferenciado tres tipos según el isomorfismo entre la estructura de la «cosa» representada y el «modelo» que la representa, y que serían: *a)* modelos icónico-analógicos; *b)* modelos icónico no analógicos, y *c)* modelos conceptual-analógicos. Todos ellos son muy útiles a fines tanto descriptivos como de investigación, aunque cada uno de ellos es más o menos válido según los casos.

Partiendo de supuestos de la teoría del conocimiento, se analizan los componentes de los sistemas de comunicación, así como las relaciones entre estos sistemas y los restantes de ámbito social. Los

modelos comunicativos de H. D. Lasswell (behaviorista), Ch. Wright (funcionalista), P. Watzlawick, J. H. Beavin y D. D. Kackson (sistemático), C. Shannon y W. Weaver (matemático-informacional) y C. Levi-Strauss (estructuralista) sirven como ejemplos de los principales modelos al uso, referidos a sistemas de comunicación tanto generales como particulares, tomando ejemplos tanto de la comunicación cara a cara como de masas.

Glosando los aspectos negativos y positivos de cada uno de dichos modelos, se van sentando las bases epistemológicas de lo que sería un «modelo dialéctico» de la comunicación, en base a la «lógica que se aplica al análisis de los sistemas finalizados que cambian a lo largo de la historia» (pág. 131).

A partir de los principales postulados marxistas, se elabora un modelo que quiere tener en cuenta la complejidad de los procesos sociales y culturales, referidos tanto a la infraestructura tecnológica que permite producir la comunicación, como los productos comunicativos, así como la división social a nivel de los cambios comunicativos y el análisis de la división social aplicada al estudio de la propiedad de los *mass media*.

Sólo un modelo dialéctico permite tomar en consideración los diferentes elementos de un proceso, que operan a diversos niveles, encubriéndose y solapándose unos en otros. Hay, pues, que estudiar en especial estos niveles, desde el de la infraestructura tecnológica hasta el de la ideológica, pasando por la importantísima estructura de las relaciones sociales, como única manera de superar un mecanicismo bastante extendido en este campo y poder permitir un análisis real del sistema de la comunicación.

Este modelo, que se desarrolla a nivel general en todo un capítulo, tendría que ser del tipo conceptual-analógico, y vincularía un análisis de las relaciones entre el sistema de comunicación y los restan-

tes sistemas (social, ideológico, político, cultural), de una forma dialéctica.

A nivel interno del sistema, este modelo dialéctico contendría cuatro grandes componentes: *a*) actores de la comunicación; *b*) expresiones comunicativas; *c*) representaciones, y *d*) instrumentos de comunicación. Mientras que a nivel externo, referido a otros sistemas a los que está abierto, se relacionaría muy estrechamente con el sistema de objetos de referencia y con las investigaciones y mediaciones originadas en el sistema social, lo cual implica una tendencia a aplicar a cierto nivel la Teoría General de Sistemas, que creemos podría perfectamente realizarse en trabajos concretos.

La última parte del libro trata de la referencia, a nivel tanto de objetos como de datos. Aunque la comunicación está abierta al mundo tanto histórico como del existir y del devenir, por medio de la presencia de objetos acerca de los que se comunica (referentes), no todos ellos son de la misma naturaleza ni pueden ser expresados de idéntica manera ni por medio del mismo instrumento.

Los referentes pueden aparecer de forma precisa, directa, o bien de manera vicaria. La prueba de la veracidad de la comunicación, en el primer caso, permite, además, conceptualizar un tipo u otro de expresiones en relación con dos tipos de expresiones generales: las icónicas y las abstractas².

Los datos de referencia, en cualquier sistema o subsistema de comunicación, pueden ser fácilmente manipulados por medio de diversos modos de falseamiento: ausencia directa del referente en el mensaje; diferencia de un lapso de tiempo entre el «acontecimiento» y su emisión por determinados canales (televisión y radio, por ejemplo); la interferencia de diferentes referentes vicarios, etc.

Este problema, que siempre surge por encima de los «saberes» y «teorías», es

² Conceptualizado en M. MARTÍN SERRANO, *La mediación social*, Madrid: Akal, 1979.

tanto de carácter tecnológico como ético y político. Y nos ofrece una serie de campos por donde investigar, sobre todo dentro y sobre una sociedad «industrial y programada»³, en la que la manipula-

³ En el sentido de Alain TOURAINE, *La sociedad postindustrial*, Barcelona: Ariel, 1975.

ción, el control y las mediaciones sistémicas se han convertido en un factor negativo no sólo para el progreso cultural del hombre, sino incluso para el propio mantenimiento de la capacidad perceptiva, cognitiva y crítica del ciudadano de nuestra Era Electrónica.

MIGUEL ROIZ

Toxicomanías. Un enfoque multidisciplinario

FRANCESC FREIXA y PERE ANTONI SOLER INSA (edit.)

(Barcelona, Ed. Fontanella, 1981, 648 págs.)

I

Es curioso constatar el peculiar *status* del estudio de las toxicomanías en el campo de la sociología; siendo un fenómeno social de notable trascendencia, tanto pública como científica, ha permanecido y permanece al margen de las investigaciones sociológicas sin ser rechazado explícitamente: simplemente queda relegado al olvido.

Sin embargo, existe una notable «literatura sociológica» que se ocupa de las toxicomanías, y que ha llegado a situarlas en un punto muy estratégico para el desarrollo de la teoría sociológica, hasta el punto de considerar que las toxicomanías, como objeto sociológico, pueden inaugurar una nueva etapa en el avance de las teorías sociológicas. ¿Cómo podemos conciliar afirmaciones tan contradictorias?

Resulta evidente que la sociología carece de instrumentos teóricos adecuados para enfrentarse al tema de las toxicomanías; ni la armonía funcional, ni la dialéctica marxista, ni la anomia durkheimiana admiten la existencia de grupos que se comporten, aparentemente, en contra de sus intereses y de una for-

ma irracional. Hasta que no aparecen, por un lado, la obra de Robert Merton, con un hincapié en la existencia de subgrupos con valores internos, de ambivalencias sociales y de comportamientos expresivos, y, por otro lado, el pensamiento de George Herbert Mead, con su concepción de la sociedad como un proceso de interacción comunicativa entre egos, los sociólogos no se ocuparon explícitamente del tema de las toxicomanías, y aun entonces en el ambiente limitado de la llamada «escuela de Chicago» de la «Sociología de la desviación», y nadie, ni aun el sociólogo más representativo a este nivel, Howard S. Becker, de una forma exclusiva.

Intentando resumir, de una forma muy escueta, el aporte teórico de la «Sociología de la desviación» a los efectos de instrumentos válidos para el análisis de las toxicomanías, debo indicar que tales sociólogos abandonan la concepción de que el desviado es aquel que se aparta, voluntaria o involuntariamente, de las normas establecidas para su *status* y adopta otras socialmente rechazables, y desarrollan una nueva teoría partiendo de que son los otros, la gente, el resto de la sociedad, y no los desviados, quie-

nes perciben una conducta como desviada y contraria a las normas y etiquetan al actor, sobre el que adoptan una posición correctora que hace exclusivo hincapié en la personalidad del etiquetado, el cual, por esa acción social, se ve obligado a reorganizar su universo simbólico, lo que le conduce a adoptar una serie de acciones, conocidas como desviación secundaria, que le colocan definitivamente el estereotipo, la etiqueta de desviado. Se trata de un proceso dinámico de interacción entre los individuos y su sociedad, y que explica la existencia, desarrollo y canales de entrada en los subgrupos «desviados», en este caso los toxicómanos.

Dentro de tal teoría existen, además, dos posiciones diferentes: la una supone que la etiqueta es el resultado de unas estructuras sociales que dialécticamente, por sus contradicciones, implican la desviación; la otra opina que las etiquetas son colocadas por los egos en interacción y por azar en el proceso dinámico de interacción, ya que las estructuras sociales son abstracciones y no pueden ser actores.

La conclusión es, en todos los casos, que el desviado (el toxicómano) es una categoría de estereotipo socialmente establecido, en el que se etiquetan una serie de conductas, cuya praxis reproduce el estereotipo.

Con independencia de la sociología, otras disciplinas se han ocupado de los aspectos sociales de las toxicomanías y poseen una tradición teórica al respecto.

En primer lugar, tenemos las disciplinas farmacológicas y médicas, preocupadas ya desde el siglo XVII por los efectos de las drogas a nivel de la conducta individual, por el comportamiento compulsivo de los grupos de consumidores y por los efectos epidemiológicos de la extensión de ciertos consumos. El modelo epidemiológico es un modelo de cuantificación sociológica, que incluye la toma de medidas sociales para evitar la extensión de la epidemia. Verdaderamente,

a nivel de los toxicómanos, el modelo epidemiológico no ha sido aplicado y, aun existiendo en teoría, podemos afirmar que la medicina clásica se ha limitado al tratamiento individualizado de ciertos toxicómanos en estado crítico. La única perspectiva sociológica de la farmacología y la medicina ha sido como actor, al provocar a través de sus descubrimientos, síntesis y campañas de panaceas el desarrollo de la mayoría de las toxicomanías modernas.

En segundo lugar, debo mencionar el enfoque psicoanalista. Freud, con independencia del uso e investigación sobre la cocaína, desarrolló una serie de ideas, más o menos deslabazadas, sobre el consumo de drogas, en las que, en esencia, atribuía este comportamiento al resultado de una sustitución de los impulsos sexuales, especialmente en los individuos afectados de algún trauma oral. En *El malestar de la cultura*, en cambio, en un conocido párrafo, Freud establece una relación entre la economía libidinal, las estructuras culturales y el consumo de drogas. De la primera postura ha derivado la práctica psicoanalítica ortodoxa que atiende al paciente individual como afecto de un síndrome maniaco-depresivo, mientras que de la segunda, y a través de la obra de Geza Rohein, ha derivado la posición etnopsiquiátrica en el tratamiento de los consumidores de drogas, que son considerados como el resultado de prescripciones culturales, ya que la cultura define una serie de canales institucionales a través de los cuales la insatisfacción puede manifestarse en forma de enfermedad o conducta marginal. Cada cultura tiene, por su estructura simbólica, canales diferentes por los que manifiesta la insatisfacción. La toxicomanía es uno de tales canales, culturalmente prescritos, y la investigación sociológica es, por tanto, el análisis de los contenidos simbólicos, mediante técnicas lingüísticas, que permiten modificar la prescripción individualmente asumida.

La tercera disciplina que es preciso

mencionar es la criminológica, que, si bien en nuestro país se encuentra muy ligada a las concepciones juristicistas, en el mundo anglosajón, quizás por su peculiar sentido social de la jurisprudencia, es una especialidad de la sociología.

A partir de las teorías clásicas, en las que el delincuente es libre y, por lo tanto, debe ser castigado, y del positivismo naturalista, que considera el delito como psíquicamente determinante y la sanción como una medida de defensa social; a través de la utilización de la obra de Gabriel Tarde (la imitación como principio), se llega a la teoría del aprendizaje diferencial, tal y como la expone Sutherland, miembro, por otra parte, de la escuela de Chicago. Para Sutherland, el delito se aprende como otras conductas, y este aprendizaje resulta reforzante en la práctica de la delincuencia, ya que la misma se realiza en el seno de subgrupos, para los que las normas sociales dominantes les son ajenas e irracionales. A partir de tal esquema se explica el proselitismo. La reproducción y la estabilidad del grupo, en nuestro caso del grupo de toxicómanos.

Más recientemente, la criminología ha criticado el esquema de Sutherland en base al excesivo individualismo y psicologismo de su concepción y a la falta de una visión global de la segmentación y jerarquización social, considerando que cada grupo no sólo tiene intereses contrapuestos al resto de los grupos, sino que incluso algunos grupos dominantes imponen sus criterios sobre otros, de tal forma que el grupo no sólo existe por razón a la entrada de nuevos miembros, sino que es el resultado de factores socioeconómicos generales que lo formulan como tal. Esta es la economía política del crimen representada por Chambliss, y que en nuestro caso establece que la toxicomanía es el resultado de la oferta de drogas existente en el mercado, y que ésta depende de la posibilidad de beneficios del grupo que controla este mercado y que ha invertido capitales en el

mismo; en el caso de las drogas legales, el Estado, vía impositiva.

Otro elemento importante que creo preciso mencionar en este breve panorama reside en el origen y desarrollo del modelo sociopolítico y económico de la moderna drogadicción, y que voy a resumir en unas líneas.

En el siglo XIX, las metrópolis europeas exportaban, con saneados beneficios, alcohol y opio a sus colonias y a otros Estados ajenos a estas metrópolis. En tal situación, el consumo de drogas podía, en algunos casos extremos, ser mal visto socialmente, pero ni estaba penalizado directamente ni el consumidor resultaba, como tal, estigmatizado. Pero la expansión económica norteamericana en el Pacífico, tras la guerra con España, chocó con estos intereses coloniales, y particularmente en un caso: el mercado chino, controlado por Inglaterra, y del que obtenía inmensos beneficios con el comercio del opio (en 1900, cien mil cajas, que supusieron 10 millones de libras en impuestos); pero los millones de intoxicados chinos impedían el despegue de la economía china y la posibilidad de crear un mercado interior que interesaba prioritariamente a los EE. UU. A esto es preciso añadir las consideraciones morales y puritanas, muy preponderantes en la clase media americana, que sufrió un fuerte impacto con las narraciones de viajeros y misioneros sobre los efectos de la droga.

El resultado fue la organización de una gigantesca campaña internacional financiada por las organizaciones religiosas americanas, que obtuvo su primer éxito con la Conferencia de Shangai (1909), y que se institucionalizó en los organismos de control internacional, primero de la Sociedad de Naciones y, más adelante, en las Naciones Unidas.

Lo que nos interesa retener de este proceso es la aparición de un modelo penalista, socialmente aceptado, de la maldad inherente del drogadicto, que le lleva a consumir la droga por puro hedo-

nismo, y al que hay que apartar de la misma, por su propio bien, mediante severas penas, al tiempo que se le estigmatiza como autor de una conducta asocial.

Asimismo, se penaliza el tráfico y la adquisición, creándose una potente organización burocrática internacional y, en los países anglosajones, encargada de la ejecución de los convenios internacionales, y formalmente interesada en impedir una modificación de la imagen social por ella mantenida.

Como reacción a este movimiento moralizante y prohibicionista, que obtiene sus mayores éxitos en las dos posguerras, surgen en los mismos EE. UU. movimientos sociales de signo opuesto y que asimilan la droga como una bandera revolucionaria y antimoralizante. A la primera posguerra le corresponde la generación de los escritores alcohólicos, la generación perdida de Hemingway, Dos Pasos, Fitzgerald... A la segunda responden primero los *beats* e inmediatamente el movimiento psicodélico, los *hippies* y la contracultura, que antepone la bondad natural de la droga a la maldad que le atribuye el modelo dominante.

En este contexto, no es de extrañar que los sociólogos no se hayan ocupado mucho de un tema que correspondía por derecho a los moralistas y a los burócratas, por un lado, y que era bandera de revuelta para artistas, literatos y otra gente científicamente sospechosa. Otro dato a retener es que, desde el comienzo, Europa pierde el control de todo este proceso histórico, ya que precisamente la creación de la imagen social del drogadicto debe entenderse como el resultado de una campaña victoriosa contra el hegemonismo colonial europeo.

La década de los sesenta contempla un notable fortalecimiento del sistema, pero, al mismo tiempo, una serie de avances científicos y analíticos que nos servirán para ponerlo en evidencia.

En primer lugar, y en el campo de la antropología, se produce una silenciosa y

subterránea revolución a partir de la obra de Robert Gordon Wasson *Mushrooms, Russia and History* (1957), la cual, aparte de fundar la etnomicología, desarrolla por vez primera, y siguiendo las líneas trazadas por Edward Burnett Tylor, cien años antes, una teoría completa sobre el origen, desarrollo y utilidad histórica del consumo de drogas psicotrópicas. La obra de Wasson ha continuado, y a ella se han añadido los descubrimientos de Evans Schultze, en el campo de la etnobotánica, y el denso trabajo etnográfico de antropólogos como La Barre, Furst, Harner, Reichel-Dolmatoff, etc., que nos han introducido en el fascinante mundo de las drogas dentro del «área chamánica», en la que representan la causa explicativa clave de todo su universo simbólico, mítico, religioso y médico. Asimismo, tales antropólogos han enunciado atrevidas y atractivas hipótesis sobre el rol desempeñado por las drogas alucinógenas entre los pueblos indoeuropeos, en las mismas instancias que en el «área chamánica». No cabe duda de que lo que podríamos calificar de antropología neodifusionista se mueve muy al margen de la antropología académica de cualquier signo e, independiente de su futuro *status* científico y académico, ha aportado al tema de las toxicomanías mucho más que cualquier otra disciplina: el relativismo cultural de los diferentes modelos de consumo de drogas, el rol estratégico de éstas para comprender los sistemas simbólicos y la sugestiva hipótesis de la universalidad de la experiencia mística-psicotrópica en la génesis de la cultura.

En segundo lugar, el desarrollo del movimiento psicodélico o contracultural mencionado más arriba, y que reitero aquí, no en sus aspectos sociopolíticos, sino, y en primer lugar, como creador de un área de interés científico diferente al saber académico clásico; las toxicomanías se convierten en un objeto de investigación interesante para docenas de jóvenes investigadores influenciados por

el contexto político del psicodelismo, y, en segundo lugar, en Europa, por vez primera y de una forma masiva, el tema de las toxicomanías comienza a interesar a los científicos militantes o simpatizantes de la izquierda, que hasta aquel momento habían rechazado, con una repugnancia inserta en la tradición cosmológica marxista y socialista, todo lo relacionado con «el opio».

Finalmente, y en tercer lugar, debo mencionar el desarrollo de una nueva psiquiátrica extraordinariamente compleja en sus diferentes manifestaciones (la ya citada etnopsiquiatría, la antipsiquiatría, la psiquiatría social, las nuevas terapéuticas grupales, etc.), que poseen en común la característica de haber introducido la consideración de los factores sociales en la génesis del comportamiento individual, de tal forma que la explicación y la terapéutica de las enfermedades mentales hay que buscarla no en el individuo aislado, sino en su medio ecológico, familiar y social, por cuyas tensiones surge la enfermedad, que no tiene otra cura, precisamente, que la eliminación de tales estructuras en tensa contradicción. A nivel de las toxicomanías, esta nueva psiquiatría ha trasladado su centro de interés desde el individuo consumidor al medio que favorece el consumo.

He repasado someramente las disciplinas que han tratado los aspectos sociales de las toxicomanías, he expuesto el contexto histórico en el que se desarrollaron estas investigaciones y, finalmente, he citado una serie de cambios en las actitudes e intereses científicos que nos conducen a un nuevo umbral en la explicación del fenómeno de las toxicomanías; esta nueva etapa se caracteriza por la prevalencia de las explicaciones sociológicas en la caracterización de las causas del fenómeno. Pero se trata de unas explicaciones sociológicas peculiares, ya que:

1. Han surgido de forma espontánea e independiente allá donde se trataban

toxicómanos o había interés por el fenómeno.

2. En general, aun siendo explicaciones científicamente irrefutables, se han desarrollado entre minorías, al margen del mundo académico, y sólo en la última década han ido penetrando en las instituciones, con excepción de la sociología, de la que se siguen manteniendo al margen.

3. Se ha constituido así una «Sociología Paralela» en temas de toxicomanía, que se desarrolla al margen de las instituciones dedicadas a la investigación en ciencias sociales; un ejemplo de ello lo constituye la «Antropología neodifusionista», instalada en los departamentos o facultades de botánica y farmacia.

4. Esta dispersión de esfuerzos conduce a una reiteración y lento avance de las investigaciones, que se pierden entre las divisiones y subdivisiones académicas.

5. La sociología debería ser el aglutinante de tales avances, pero para ello, y ya que es su responsabilidad por haber marginado el tema, deberá salir al encuentro de todo aquello que su falta de instrumentos conceptuales apropiados le impidió comprender; la sociología debe derruir la muralla que ha colocado entre ella y el tema de las toxicomanías, asumir los avances realizados en otros campos y actuar de eje organizador de los conocimientos de los factores sociales en el tema de las toxicomanías.

II

He creído necesario realizar esta amplia introducción al texto que comento, ya que un manual básico y amplio como éste es más importante situarlo en unas coordenadas generales que dedicarse a un detalle concreto, polémico e irrelevante. Además, y ligando con el último párrafo del apartado anterior, desde una revista de sociología se debe hablar a los sociólogos, y en la cuestión de las toxicomanías hay, por las razones antes

expuestas, que invitar a dar un paso hacia los otros científicos. La invitación ya está hecha, y por vez primera tenemos en nuestro país un texto general, de introducción, con el que cualquier científico social interesado podrá dar el paso que antes comentábamos y eliminar así sus prejuicios sociologistas o radicales en un tema tan específico y especial.

Los autores de este *reading*, compuestos de veintitrés artículos y unas conclusiones, son siete médicos psiquiatras, seis médicos, seis psicólogos, un abogado y un periodista, todos ellos en contacto con diversas instituciones especializadas en el tratamiento de toxicómanos, en el área catalana, y reflejan en su composición lo que hemos venido diciendo en cuanto al tipo de profesiones interesadas en el tema y que, independientemente de su labor profesional práctica, se habían dedicado a él desde un punto de vista teórico; pero, al mismo tiempo, todos ellos asumen con evidente coherencia las modificaciones que el concepto de drogadicción y drogadicto han sufrido en las dos últimas décadas, especialmente una que nos interesa particularmente: la importancia de los factores sociales y culturales en la génesis y desarrollo del fenómeno de la toxicomanía.

Si fuera preciso señalar una línea ideológica común, implícita o explícita, en los veintitrés artículos, ésta sería, sin duda, la de la determinación sociocultural del fenómeno de la toxicomanía.

Y aquí el uso del término sociocultural no es casual, porque, por un lado, se trata de los factores que inciden en la exposición al riesgo del toxicómano, es decir, los datos socioeconómicos y políticos sobre la oferta, distribución y consumo de drogas, y, por otro lado, de los factores que inciden en el comportamiento, es decir, en la demanda y hábitos de consumo, para los que son necesarios datos históricos y antropológicos comparativos sobre el nivel de percepción simbólico.

En conclusión, el libro es la prueba vi-

viente de la importancia de la sociología y antropología para el análisis del fenómeno, pero, al mismo tiempo, de las dificultades con que esta posición se enfrenta, ya que, por un lado, el abismo colocado entre la sociología y los autores del *reading* les lleva a la práctica de una «sociología paralela» en la que no aparecen ni técnicas ni conocimientos teóricos básicos para un sociólogo. Pero, por otro lado, qué tiene que ofrecer la sociología, ya que precisamente el nivel sociológico de los no-sociólogos es mucho más avanzado que el de los sociólogos. Reitero que son estos últimos los que deben dar los pasos necesarios para integrarse en un contexto teórico y monográfico sociológico que hasta ahora les es ajeno.

No es ésta la situación de la antropología, que se inserta definitivamente en el contexto de las investigaciones sobre toxicomanías, y ésta debería ser utilizada como palanca por la sociología. Como ejemplo de lo que afirmo, y con independencia del valor de cada uno de los artículos, véase la bibliografía del artículo 15, «Aspectos transculturales», que es un análisis antropológico, repleta de teóricos de esta disciplina, comparada con la bibliografía, entre otros, de los artículos 17, «Publicidad y toxicomanías», y 18, «Drogas y marginación», dos análisis sociológicos que no citan a un solo sociólogo.

Por tanto, ningún sociólogo puede trabajar sobre toxicómanos sin tener conocimiento, como mínimo, del resumen de cuestiones y datos que contiene este texto. Me parece inútil lanzarse a la aventura de una encuesta de opinión o cualquier otro trabajo de campo sin un dominio suficiente de un tema tan específico y especial.

El mismo concepto de droga, que debería delimitar el objeto de la investigación, es algo bastante complejo y se encuentra ligado a los conceptos de farmacodependencia, tolerancia, querencia y síndrome de abstinencia en cada una de las drogas, conceptos que, establecen los

autores, no se definen bioquímicamente, sino socialmente; por lo tanto, será preciso conocer el mecanismo de cada droga y rechazar los prejuicios personales que, en un sentido u otro, se posean como miembros de una sociedad que construye la droga como objeto. En este sentido, la parte primera, «Generalidades», y la tercera, «Sociología e ideologías», me parecen esclarecedoras. Asimismo, la división de artículos de la segunda parte, uno por cada droga, opera en el sentido que, personalmente, creo que deben dirigirse las investigaciones sociológicas: centrándose en una única droga-eje.

Quiero dedicar una mención especial al capítulo 16, «Drogas y contracultura», ya que el autor desarrolla la idea de que sólo el conocimiento y aproximación a las subculturas toxicómanas permitirá una práctica terapéutica eficaz, y que este imprescindible conocimiento modifica el juicio y la madurez del técnico empeñado en el tema. Ante el tipo de conocimiento del contenido de la contracultura en medios sociológicos (general, positiva, superficial y parcial), la recomendación se nos hace extensiva, y precisamente este artículo es una de las mejores síntesis publicadas en nuestro país, siendo, al tiempo, ejemplo de las posiciones sostenidas por su autor, con las que coincido plenamente.

En resumen, el libro se inscribe en unas coordenadas sociológicas, siendo curioso constatar que, a pesar de la carencia de científicos sociales entre sus

autores, estamos ante uno de los mejores textos de sociología publicados y realizados en España en los últimos años. Aunque no puedo por menos que reconocer una serie de defectos formales, fruto del espontaneísmo sociológico, que los huecos en la bibliografía demuestran, y del que se desprende, salvo un par de excepciones, errores técnicos y teóricos.

La causa ha quedado explicada en la primera parte de esta nota: un contexto histórico concreto que ha determinado la formulación de las investigaciones, y este caso español es un ejemplo más, en la línea, quisiera añadir, de la Organización Mundial de la Salud, que, a diferencia de otros organismos internacionales, ha adoptado una actitud epidemiológica (lo que equivale a sociológica), centrandó el tema de las toxicomanías en la prevención (reducción del consumo global más modificación positiva de los hábitos), en vez de la terapéutica *a posteriori*. Y este hincapié en la prevención es el que ha desarrollado los aspectos sociales de las toxicomanías, tanto a nivel de investigación como de la consecuente planificación.

La solución está, pues, en una más estrecha colaboración interdisciplinar, posible sólo si los científicos sociales dan los pasos necesarios, aprendan lo suficiente sobre toxicomanías y aporten la traducción de sus conocimientos a un proyecto en marcha.

DOMINGO COMAS ARNAU

DEPENDENCIA E INDEPENDENCIA

Las alternativas de la sociología latinoamericana en el siglo XX

JUAN FRANCISCO MARSAL

(Centro de Investigaciones Sociológicas, CIS)

De todas las teorías puestas en práctica por los sociólogos latinoamericanos, la teoría de la dependencia ha sido la única auténticamente iberoamericana. Hasta su aparición, prácticamente todos los teóricos de las ciencias sociales se dedicaron a la aplicación de teorías sociológicas desarrolladas para ser aplicadas en países europeos o en América del Norte. La teoría de la dependencia es la mayor aportación de los teóricos latinoamericanos a la sociología. Nace del estudio y análisis de los problemas propios del área. El concepto de dependencia es la expresión más fidedigna que recoge la raíz de todos los problemas con que se enfrentan los países del área latinoamericana (26 repúblicas, en teoría, independientes).

Básicamente puede entenderse por dependencia aquella situación económica, social y política de ciertos países que son influidos y condicionados por un centro hegemónico y obligados por éste a girar a su alrededor, dentro de una estructura fuertemente jerarquizada. La teoría de la dependencia intenta explicar la importancia que tiene la evolución de la economía y la política internacional en la vida sociopolítica y cultural de los países dependientes.

El concepto de dependencia empieza a considerarse como factor determinante de la perpetuación del subdesarrollo en América Latina a mediados de los años sesenta. Surge como respuesta crítica a la patológica e inofensiva tendencia a la filosofía social especulativa y al sucu-

salismo acrítico del cientificismo desarrollista de algunos teóricos latinoamericanos.

Los teóricos desarrollistas del continente, por lo general pertenecientes a la élite económica y política de estos países, están íntimamente ligados a los intereses del capitalismo internacional.

El concepto sociológico de la teoría de la dependencia no tiene una aceptación igual entre todos los teóricos de la sociología latinoamericana. Gunder Frank, Fernando H. Cardoso y Celso Furtado son los pioneros y principales defensores de dicha teoría.

Dependencia e independencia, último libro escrito por Juan Francisco Marsal, catalán, que pasó la mitad de su vida en los países latinoamericanos, es el más fiel testimonio de agradecimiento a los ciudadanos iberoamericanos, ya que por primera vez un ciudadano español, de regreso a España, ve con espíritu crítico objetivo la realidad y motivaciones en la actitud de los intelectuales de aquellos países. Juan Francisco Marsal falleció, en un trágico accidente de tráfico, en 1977.

En siete capítulos y 225 páginas, Marsal ofrece al lector un resumen bastante completo del discurrir de las ciencias sociales en Latinoamérica. El primer capítulo recoge en unas cuantas líneas la influencia dejada por los españoles, influencia que se refleja en las teorías dominantes en cada momento y en el comportamiento de sus teóricos frente a la realidad de sus respectivos países.

La metodología utilizada por el autor para tratar de explicar los fenómenos sociológicos, tales como el desarrollo, el subdesarrollo, la resistencia al cambio, el caudillismo, etc., es la expositiva.

Marsal realiza un examen del papel desempeñado por los teóricos norteamericanos y europeos en el estudio sectorial de la problemática de los países latinoamericanos y de las consecuencias de las conclusiones de estos estudios, en principio típicamente antropológicos, llevado a cabo con la técnica y metodología creada para estudiar los problemas de los europeos y norteamericanos.

Intenta Marsal poner de manifiesto, aunque de forma muy sintetizada, los antecedentes históricos de las distintas posturas sociológicas latinoamericanas, su influencia foránea y las consecuencias de esta presión exterior. Arranca de la escolástica para seguir con el positivismo y terminar con la sociología de cátedra practicada por los pensadores de la época. Este capítulo sienta, en principio, las bases sobre las que se apoyará prácticamente la totalidad del contenido de este libro. La cita de otros autores.

Marsal pone de relieve la preocupación de la época por el tema del cambio social, bajo una óptica distinta a la de los sociólogos de la línea de Parsons, Merton o Kingsley Davis y otros representantes de la teoría funcionalista. Plantea la influencia de Redfield en todos los sociólogos de su época, así como las consecuencias de esta influencia en la producción de los teóricos sociales del área. De Redfield dice que es el clásico exponente de la teoría de la «aculturación». Dicha teoría afirma que «el único móvil de cambio es la civilización occidental, entendiendo por sociedades occidentales sólo la norteamericana y los países europeos desarrollados. También representa Redfield —en opinión de Marsal— a los creadores de una visión estereotipada de los pueblos latinoamericanos, pues en los estudios realizados por los seguidores de éste se partía de

la división de la sociedad en pueblos *folk* y pueblos urbanos (su continuo *folk*-urbano).

Se ocupa también en esta parte del libro de las teorías del ambiente cultural, señalando el monismo geográfico en que incurren quienes sostienen dicha teoría. Deja claro el papel de los antropólogos y el de las clases sociales latinoamericanas como elementos fundamentales de la inmovilidad, señalando como único mecanismo de estudio válido la estratificación social. Seguidamente pasa el autor a desarrollar lo que él entendía como «el mito de la clase media». Dedicando todo un capítulo a analizar el nacimiento de esta teoría, el papel desempeñado en el quehacer social y la ubicación dada a la misma por los diferentes teóricos. Pone en duda la afirmación de algunos escritores sociales que opinan que dicha clase media propicia el militarismo y que este estamento es un factor impulsor del cambio social.

Para Marsal, el militarismo se localiza dentro de la élite o clases gobernantes y, lejos de impulsar el cambio, lo impide. Pone especial énfasis en el estudio de la ideología del ascenso de las clases medias, que llena la sociología predominante entonces, y que Delich llamó «Sociología White Collar», cuyos representantes asumieron la variante conservadora del estructural-funcionalismo y el empirismo.

El estudio y análisis de los diferentes modelos de cambios sociales importados de los Estados Unidos, y utilizados tanto por los latinoamericanistas norteamericanos como por los propios latinoamericanos; la teoría funcionalista, en todas sus modalidades, y el empirismo están presentes a lo largo de todo el libro de Juan Francisco Marsal.

El libro está dividido en dos partes: la primera puede considerarse una recopilación de los nombres de teóricos y sus teorías; la segunda está dedicada a la exposición de las disputas entre teó-

ricos dedicados a la búsqueda de las causas del subdesarrollo.

El análisis de la realidad latinoamericana realizado por el autor hay que interpretarlo teniendo en cuenta su particular modo de concebir la práctica de la sociología. Marsal afirma que parte de la base de que «la llamada recepción de la sociología científica, tanto en América Latina como en Europa, es un eufemismo por la recepción de la sociología empírica y funcionalista norteamericana». Partiendo de este supuesto, denuncia el mito de la universalidad de la sociología contemporánea, que, según Veron, es un arma ideológica. La profesionalización como instancia institucional la considera una forma de neutralizar al sociólogo como experto y como técnico. Asimismo, denuncia el racionalismo utilizado como instrumento al servicio del estructural-funcionalismo y contra todo lo que se opone a él. Señala la ocultación de la relación existente entre el desarrollo y el fenómeno imperialista.

El segundo capítulo lo dedica a hacer una exposición de la visión *folk* que los antropólogos europeos tenían de América Latina. El título de este capítulo es significativo por sí mismo: «De la tribu a la sociedad civilizada». Quizás sea donde más profundice sobre las consecuencias de las teorías foráneas en el panorama latinoamericano.

El autor nos dice: «la investigación social empírica en América Latina comienza con la recolección de datos que hacen los antropólogos sociales norteamericanos en la década de los cincuenta; le seguirán los politólogos y luego los sociólogos. En realidad —dice Marsal—, esta recolección de datos era lo único que interesaba a los objetivos de los programas elaborados por los Estados Unidos para Latinoamérica».

Los capítulos III, IV y V ofrecen al lector una idea de los complejos, luchas y superficialidades que durante siglos han ocupado a los teóricos latinoamericanos. En estos tres capítulos, el autor

presta especial atención a la teoría de la clase media en ascenso, al papel desempeñado por las teorías americanistas llevadas a estos países bajo el signo de consignas norteamericanas. Según Marsal, la teoría de la clase media en ascenso fue introducida por el historiador J. J. Johnson. Dicha teoría se basa en el principio de la modernización y atribuye el cambio de estos países a factores exógenos. Para el autor de *Dependencia e independencia*, existen dos criterios de la teoría de la clase media en ascenso, la de los latinoamericanistas norteamericanos (progresistas exogenistas) y la de los autores latinoamericanos (endogénicas). Sin embargo, Marsal no nos dice cuál es, a su juicio, de estas teorías la adecuada para estudiar la problemática latinoamericana, sino que pasa a describir la relación entre la industrialización y la aparición de la clase media en ascenso, siempre en función de teorías ajenas, nunca ofreciendo su opinión al respecto. Más adelante nos dice que dicha teoría apareció de las manos de Lipset y Vekemans, quienes la tomaron de Johnson, y que algunos sociólogos de la clase media la presentan como signo de la estabilidad política.

William F. Whyte y R. Holmberg decían —según Marsal—: «La empresa norteamericana contribuye al crecimiento de la clase media, que será importante para el país, no sólo en lo que respecta al crecimiento económico, sino también para la estabilidad política.» Como en todas las demás teorías, ésta tiene defensores y opositores. Para Marsal, es difícil llegar a una conclusión al respecto, por los múltiples y diferentes criterios utilizados por los estudiosos a la hora de enfocar el problema de sus respectivos países.

Dependía mucho, afirma Marsal, del país objeto de estudio y del *status* social del científico, así como de su relación con respecto a los norteamericanos o europeos.

En opinión de Marsal, la dificultad

de encontrar una respuesta a las disquisiciones teóricas latinoamericanas reside en que faltaba en dichas discusiones establecer lo más importante en toda construcción hipotética: el campo de la estratificación. Para él, lo primero y principal al entrar en el estudio de cualquier realidad social es dejar sentado que «la variable fundamental son las clases sociales, situadas de acuerdo al tiempo y al espacio». Afirma que los datos históricos son las únicas pruebas plenamente adecuadas en el terreno del cambio de las sociedades. Termina afirmando que la teoría del ascenso de las clases medias supone un esencialismo constitutivo o una ahistoricidad en el plano teórico, pues se hace abstracción de las clases medias, prescindiendo de las diversas situaciones históricas y sociológicas que les dan sentido.

En el capítulo IV nos habla de la teoría del cambio social en Latinoamérica, de Gino Germani, y otros sociólogos. Destaca la significación de la sociología científica latinoamericana, que arranca en los años cincuenta y que produce un cambio radical en el campo de las ciencias sociales, que habían transcurrido hasta entonces dentro de la tradición y la especulación normativa. En su opinión, dicho cambio era consecuencia de la nueva política norteamericana después de la Segunda Guerra Mundial, y este cambio no significaba otra cosa que la adaptación a los supuestos teóricos y metodológicos de la sociología estática, llamada «sociología del desarrollo».

La teoría de Germani, según Marsal, es una teoría del cambio social modernizador, que va de una sociedad tradicional a una sociedad moderna; pero sin cambiar las bases del subdesarrollo, sino más bien tratando de trasplantar los modelos de desarrollo propio de los países europeos o de la sociedad americana, sin tratar en ningún momento de adecuar dichas teorías a las realidades de los países atrasados económica, política y culturalmente.

El capítulo V lo dedica a describir las polémicas habidas en razón del papel que los teóricos norteamericanos asignan a los intelectuales latinoamericanos. Los intelectuales norteamericanos llegaron a afirmar, en varias publicaciones de repercusión internacional, que los intelectuales de Latinoamérica, en su mayoría, eran verdadero obstáculo al desarrollo de sus países. La estereotipación del intelectual latinoamericano por parte de los científicos norteamericanos desató una gran polémica y malestar entre los estudiosos iberoamericanos dando lugar este malestar a una protesta generalizada y al nacimiento de una nueva corriente de rechazo a todo lo que significara la utilización de teorías americanas. A raíz de esta polémica, los científicos latinoamericanos empezaron a buscar sus propios modelos de estudios, obteniendo como resultado la teoría de la dependencia y una fuerte crítica a la penetración norteamericana en los asuntos del continente.

Según los norteamericanos, la actitud de los intelectuales latinos era contraria a la producción, y esto propiciaba el atraso de sus países en sentido intelectual y material. Esta conceptualización produjo la exaltación de los pensadores latinos por la sociología nacionalista, desembocando en la teoría de la dependencia.

Juan Francisco Marsal termina la primera parte de su libro con unas conclusiones donde, entre otras cosas, dice: «El gran intento es ahora el de integrar la ciencia social latinoamericana en los procesos de cambio y tratar de combinar el conocimiento científico con el político, convirtiendo así a la ciencia en un instrumento desenmascarador de la explotación.» Seguidamente pasa al capítulo VII, que es como una segunda parte, pero que sigue la misma línea de los primeros capítulos: exponer las distintas tendencias sociológicas en la teoría de «la dependencia». Al igual que en la primera parte, este apartado trata

de ofrecernos todo lo que se ha escrito sobre el concepto de dependencia, sin llegar a profundizar en ninguna de las teorías ni teóricos, dejando así incompleta la exposición.

Para el lector no familiarizado con la literatura social latinoamericana, ofrece la ventaja de mostrarle, más o menos, todo lo que existe del tema, los nombres de los principales hombres de ciencias y las teorías progresistas o dependientes.

En la última parte del libro, donde, lógicamente, el lector espera encontrar la justificación del subtítulo: «Las alternativas de la sociología latinoamericana en el siglo xx», Marsal se queda en un simple intento de ubicar al lector por los caminos del concepto teórico. Cosa que —a mi juicio— tampoco consigue Marsal, por querer ofrecer en unas cuantas páginas demasiados conceptos. El autor justifica su actitud diciendo que «no podemos referirnos al significado de la dependencia dentro de la praxis científico-social latinoamericana si no oteamos un poco sus orígenes conceptuales». Los conceptos presentados por Marsal sobre el origen de la teoría de la dependencia no son suficientes para un entendido en la materia, y para el que no lo conoce tampoco quedan bastante claros. Marsal demuestra no querer arriesgarse o comprometerse expresando su opinión sobre

los conceptos más importantes emitidos por sus compañeros de batalla. Por razones que no quiere descubrir al lector, Marsal se resiste a comprometerse, limitándose a señalar lo dicho por otro. Aun aquellos conceptos con los cuales denota identificarse, teme hacerlos suyos y recurre reiteradamente a la técnica seguida a lo largo de todo el libro, las citas.

Lo que en un principio parecía que iba a ser uno de los mejores estudios críticos sobre la realidad político-sociológica del conjunto de países latinoamericanos, se queda en un simple diccionario anecdótico. Los primeros párrafos del libro parecían encaminados a desmenuzar, de forma clara, sencilla y carente de demagogia, ese paternalismo patológico que llena la literatura de la historia latinoamericana, pero Marsal no pasa de la simple exposición. Todo queda en meras insinuaciones. El miedo de Marsal a comprometerse hace del libro una recopilación de nombres y teorías, de datos que no presentan mucha utilidad, ya que todos los temas los toca muy de pasada.

Su afán por recoger toda la producción sociológica latinoamericana le hace caer en los mismos errores que él critica en otros teóricos, las pocas veces que se aventura a expresar su opinión sobre un tema.

MINERVA DONALD RIVERA

INFORMES Y ENCUESTAS DEL C.I.S